

una manera tan convincente, que la asamblea publicó un decreto proscribiendo á un tiempo la doctrina de Zuinglio y la de Lutero: prohibió innovar cosa alguna en el sacrificio de la misa, en la administracion de los sacramentos, en las ceremonias y en las demás prácticas de la Iglesia; y se mandaron establecer en todos los cantones celadores encargados de ausiliar á los magistrados y á los oficiales públicos contra todas las innovaciones, y para denunciar á los prevaricadores y hacerlos castigar. En esta ocasion se reconoció con el mayor asombro hasta qué punto se habia depravado el buen natural de OEcolumpadio, en cuyos escritos Juan Fabro, uno de los católicos, hizo notar mas de ciento y cincuenta falsificaciones enteramente indignas de un hombre honrado.

35. En medio de tantos desórdenes y escándalos, no tenia el Señor apartados sus ojos de las necesidades de la Iglesia (1). Habiendo caido en una relajacion lastimosa la orden de San Francisco, que la habia sido tan útil, suscitó Dios uno de sus religiosos, llamado Mateo Baschi, para restablecer en ella, junto con el fervor primitivo, la pobreza apostólica y todo el espíritu del Apostolado. Llorando un dia Baschi en su oracion la decadencia de su orden, creyó oír una voz del cielo que le mandaba observar á la letra la regla de San Francisco. Inmediatamente tomó un hábito estrecho y grosero con una capilla puntiaguda, semejante á la que llevaba el santo fundador, el que aseguró habersele aparecido muchas veces. Con este

(1) *Florin. de Remond. l. 7. c. 5. = Annal. Capucc. t. 1. p. 44. &c.*

hábito extraordinario salió secretamente del convento de Montefalcone, situado en la diócesi de Urbino, y se fue á Roma despues de haber sufrido muchos insultos, convertidos, por su paciencia y piedad, en testimonios de veneracion. Habiendo llegado á Roma, marchó en derechura al Vaticano, subió á los aposentos sin darse á conocer, y se adelantó hasta la cámara de Clemente VII. El Papa sorprendido le preguntó qué era lo que deseaba. „ Santísimo Padre, respondió Mateo, soy un sacerdote de la orden de frailes menores, que solo aspiro á observar la regla de mi padre San Francisco con toda la fidelidad de que soy capaz, y á imitar su vida santa, segun nos la representan los antiguos monumentos de la orden. Es constante que San Francisco y nuestros primeros padres no llevaban mas que un hábito vil, con una capucha sin escapulario, del todo semejante al que veis en mí. Despues de muchas oraciones y lágrimas he reconocido que tal era la voluntad del cielo, y tal es, Santísimo Padre, la sola causa que me ha traído á los pies de vuestra Santidad. Toda mi ambicion consiste en que bajo este hábito y vuestra proteccion, pueda observar mi regla á la letra, predicando la palabra de Dios, y trabajando en la salvacion de los pecadores mas abandonados.”

Persuadido el Pontífice por aquel tono de verdad que dan la rectitud de intencion y el desinterés perfecto, le concedió para él y para cuantos quisiesen imitarle, no la potestad de establecer una congregacion nueva, lo que tampoco pedia Mateo, sino

de lo cual eligieron á Caraffa por primer prepósito, y se retiraron al campo Marcio en una casa que pertenecía á Bonifacio de Colle. Estos clérigos regulares, que es el nombre que les da la bula, repartían el tiempo entre los ejercicios de la oración y las funciones del apostolado.

37. Aunque Paulo IV ó Juan Pedro Caraffa, haya dado á los teatinos el nombre de su obispado de Chieti, en latin Theati, San Cayetano, de la noble y antigua casa de Thiene, es sin embargo el primer autor y el fundador verdadero de esta piadosa congregación. Fue el segundo prepósito de ella, ó superior general despues de Caraffa, luego que éste hubo llenado el primer término de su superioridad, que era trienal. San Cayetano desempeñó este cargo con toda la buena conducta de un sábio, y toda la edificación que podia esperarse de un santo. Pasó luego á fundar una nueva casa en la iglesia parroquial de San Pablo de Nápoles, donde despues de haber hecho resplandecer su virtud con una infinidad de acciones maravillosas, dió su alma á Dios el 7 de Agosto de 1547. El Papa Clemente X, en el último siglo, le ha puesto en el catálogo de los santos.

38. La Iglesia reparaba asimismo en el nuevo Mundo las pérdidas que la heregía la hacia sufrir en el antiguo. Despues de los primeros misioneros que entraron en Méjico con el gran Cortés, envió allí Clemente VII á un hombre verdaderamente apostólico, llamado Martin de Valencia, junto con doce frailes menores, dignos de serle asociados. Cortés,

que se hallaba todavía en el país, no habia omitido cosa alguna para hacer respetable el ministerio de estos; y bajo la protección de este héroe cristiano, que los colmó de honras en todas ocasiones, y era el primero en oír sus instrucciones, los megicanos los buscaban incesantemente y abandonaban á bandadas el culto de sus ídolos. En una palabra, el Evangelio hizo progresos tan considerables en aquel centro de la barbarie y de la idolatría mas monstruosa, que en muy poco tiempo pudo la Iglesia desplegar en él toda la magestad de sus ceremonias y de sus mas augustas asambleas.

39. En la ciudad de Méjico, que en el año de 1521 era enteramente idólatra y aun antropófaga, se celebró en el de 1524 un sínodo en forma de concilio, en que presidió Martin de Valencia en calidad de legado del Sumo Pontífice; y en un pueblo, cuya brutalidad ultrajaba á la misma naturaleza, se establecieron las reglas mas puras de la castidad cristiana (1). La poligamia, casi al parecer de poco momento entre los excesos de los megicanos, fue suprimida canónicamente, junto con los demás desórdenes, y se estableció que los que se presentasen al bautismo abandonasen todas sus mugeres, á escepcion de una sola, con la que se casarian segun las leyes del cristianismo. Hicieron otros muchos reglamentos llenos de sabiduría para disponer al bautismo, y para conservar en la fe á los ya bautizados. Cortés mandó á los gobernadores que los hiciesen egecutar puntualmente, así en sus

(1) *Rain. ann. 1524. n. 12. et 13.*

provincias como en la capital. Y como este hombre extraordinario habia ya puesto la nueva España á cubierto de toda revolucion, poco satisfecho con tantos prodigios, partió para intentar otros nuevos.

40. En el mismo año abrió el cielo, hasta en las regiones mas salvages de la América septentrional, un asilo á la fe, casi enteramente abandonada desde entonces por las naciones cismáticas de la Scandinavia y de lo interior de la Germania. Juan Verazani, de nacion italiano, descubrió bajo el pabellon francés la isla que él llamó real, y la mayor parte de las islas del golfo de San Lorenzo, la tierra de labrador mas adelantada hácia el polo, todo el curso del rio de San Lorenzo, y la parte septentrional del Misísipi, junto con los rios que allí desaguan. Esto es lo que llaman Canadá ó nueva Francia, á donde veremos muy pronto pasar la fe cristiana en toda su integridad, tal como los hijos primogénitos de la Iglesia la han conservado desde que la recibieron. Verazani tomó posesion de aquellos descubrimientos en nombre de Francisco I; pero habiendo querido penetrar mas lejos en otra navegacion, vino á ser presa de los antropófagos, junto con muchos compañeros de sus aventuras.

41. Entretanto el Papa Clemente VII, cuyos designios fueron superiores á su talento, era fecundo en proyectos, débil en egecutarlos, indeciso, y por consiguiente no se determinaba mas que á la suerte, segun el capricho de los acontecimientos y contra-tiempos. Clemente, pues, falto de constancia, se

precipitó á sí y á su pueblo en un abismo tan inmenso de calamidades, que Roma, abandonada sucesivamente al furor de todos los bárbaros, sufrió de un modo horrible cuanto podia dar de sí la crueldad de los mas desnaturalizados. Tan pronto unido por temor con Carlos V, y tan pronto por afecto con Francisco I, hizo, en fin, temblar á toda la Italia, temerosa de perder su libertad, cuando Carlos tomó en ella aquel ascendiente prodigioso que fue la consecuencia inevitable de la batalla de Pavía. El mismo Rey de Inglaterra temia que se perdiese el equilibrio general de Europa, y á persuasion suya, el Papa, variando otra vez, se coligó contra los imperiales, con los franceses, ingleses, venecianos, florentinos, suizos, y con el mismo duque de Milán Francisco Sforzia, restablecido por el Emperador (1). Firmóse esta liga el 11 de Junio de 1526 en Cognac en el Angumois, al tiempo que Francisco I, libre de su prision de España, se hallaba en camino para volver á su capital. Primero la dieron el nombre de liga santa, porque el Papa estaba á la frente; pero las consecuencias funestas que á éste le resultaron, la hicieron llamar con mas propiedad en adelante *liga funesta á su Santidad*.

El Papa y los venecianos fueron los primeros en poner sus tropas en campaña, contando con que el Rey de Francia enviaria prontamente un ejército numeroso, y que el Rey de Inglaterra haria una poderosa diversion por el lado de los Países-Bajos, ó á lo menos suministraria dinero con su facilidad ordinaria

(1) *Guttech. l. 17.*

en estos casos. El mismo Francisco contaba con este recurso, que era el único que le quedaba en el absoluto apuro de sus rentas y de sus pueblos; pero Enrique, que habia en fin consumido los ahorros de su padre, y que no podia, sin gran dificultad, conseguir subsidios de su parlamento, no estaba propenso á hacer gastos exorbitantes para una empresa en la cual él era el menos interesado. Con esto, reducido el Rey de Francia á sus propios recursos, envió á Italia solamente seis mil soldados, á los que se juntaron diez mil suizos, y por último, hizo grandes promesas para sostener la energía de sus aliados. El peso principal de la empresa cargaba de esta suerte sobre el Papa, cuyo carácter era diametralmente opuesto al de los Médicis sus deudos, los cuales todos, sin exceptuar alguno, gustaban de la profusion, y vivieron con magnificencia verdaderamente régia, aun en la clase de simples ciudadanos. Esta inclinacion extraordinaria de Clemente VII á la economía, fue la que causó principalmente sus reveses. Tenia que pagar en mar y tierra tropas numerosas de estrangeros que servian con mucha repugnancia al mando de generales eclesiásticos, y amenazaban pasar al ejército imperial cuando no recibian puntualmente su sueldo. Despues de haber fluctuado mucho sobre el partido que debia tomar, eligió el peor de todos: no hizo la paz ni la guerra, y se redujo á una tregua de ocho meses, que ajustó con el marqués de Lanois, virey de Nápoles por el Emperador. Para colmo de su imprudencia, mandó retirar su flota de las costas de

Nápoles, donde ésta habia tomado ya muchas plazas fuertes, desarmó sus navíos y despidió sus tropas, á escepcion de dos mil hombres de infantería y ciento de caballería. Ignoraba todavía las disposiciones del ejército imperial con respecto á esta composicion, ó á lo menos no tenia otra seguridad de su firmeza que la palabra del virey, de quien el general en gefe era absolutamente independiente.

El condestable duque de Borbon habia sucedido en este puesto importante al marqués de Pescara, muerto en la edad de treinta y seis años, muy sospechoso á su Soberano, de quien se presumió que le habia hecho envenenar, y que para asegurar mas en su servicio al condestable, le prometió los despojos del duque de Milán, acusado de felonía. Borbon, que habia manifestado primero que jamás consentiria en la tregua, mostró despues sentimientos mas pacíficos en vista de la oferta que se le hizo de parte del Papa de pagar á sus tropas que carecian de todo. Sobre esta presuncion débil, abandonado Clemente á su ciega inclinacion al ahorro, acabó de arruinar su partido, licenciando hasta los dos mil hombres que habia reservado. Entonces la Cabeza de la Iglesia, la Silla de la potestad pontificia, y todo el estado eclesiástico se hallaron sin defensa al arbitrio de dos enemigos menos formidables por sus fuerzas que por su carácter: el uno traidor á su Soberano, y el otro apóstata fanático de su religion.

42. Jorge, conde de Fronsberg, obraba de acuerdo con el condestable Borbon, y habia sido el primero

en concebir el designio de saquear á Roma. Ardiente celador del nuevo evangelio que habia abrazado, además de los socorros que el archiduque Fernando enviaba de Alemania á su direccion para el ejército imperial, habia él mismo alistado hasta diez mil hombres, que animados de su espíritu y de todo su furor, se contentaron con un escudo por cabeza, por la esperanza de saquear la capital del mundo cristiano. Famoso por la batalla de Pavía, donde habia tenido mucha parte en la victoria, audáz, intrépido, hábil, impetuoso, y de una obstinacion que crecía á medida de los obstáculos, en una palabra, uno de aquellos hombres funestos que Dios elige para ser los instrumentos memorables de su venganza; habiendo desembocado por el Tirol en las llanuras de Lombardia, eludiendo ó forzando todo cuanto se le oponia, penetró por el Boloñés, y se abandonó en todas partes, pero con particularidad en los estados de la Iglesia, á unos escesos cuya pintura es imposible formar. Para adquirir alguna idea de ellos, júzguese de sus obras por sus disposiciones respecto de la misma persona del Sumo Pontífice. Segun algunos autores, hacia llevar en sus banderas un cordon tejido de oro y seda, destinado, segun decia con impía bufonada, para ahorcar al Papa con el mismo honor que se hace en Turquía respecto de los delinquentes ilustres (1). Esta noticia, por mas increíble que parezca, la hacen mas que verosímil todos los escesos que realmente cometieron despues en Roma

(1) *Paul. Jov. in elog. ad. ann. 1527.*

los soldados de este furioso. Por lo que hace á él, no logró el placer de saciar en aquella ciudad su rabia. La divina Justicia, que da egemplos de terror á cierta clase de impiedad, contuvo sus pasos en la frontera de la Romaña, donde fue herido de apoplegía, y poco despues de muerte.

43. Habiendo recogido el condestable las tropas de aquel desgraciado, cuya suerte no disminuyó en ellas la propension al sacrilegio y al saqueo, vió á sus órdenes un ejército de cerca de cuarenta mil hombres, al cual Roma solo podia oponer los mozos de las posadas y los escuderos de la corte pontificia. Un rayo dicen que hizo pedazos las armas del Papa, colocadas sobre la puerta de su palacio, y despues de este incidente, que fue como presagio de la humillacion que habia de sufrir, Roma fue escalada, inundada de sangre, robada, asolada y casi aniquilada (1). Pero Borbon pagó inmediatamente un crimen que abria la puerta á otros muchos. Viendo que el ardor de sus tropas decaía, y apoderado de un sobresalto animoso que solo presentaba á su fantasía el desdoro de retroceder, saltó de su caballo, y favorecido de su alta estatura y del gran penacho que fluctuaba sobre su casco, reunió cerca de sí la nobleza y la caballería, y pusieron todos el pie en tierra. Pónese entre la infantería, vuela como una exhalacion por medio de los que retroceden, arranca á un soldado su escala, y va á fijarla al pie de la muralla, diciendo: á mí, valientes imperiales; y ya tenia puesto el pie sobre

(1) *Cæs. Glorier. Hist. espugn. Urb.*

únicamente el observar su regla en toda su perfeccion, bajo el hábito que traía; con encargo además de presentarse una vez todos los años á su provincial, en el capítulo de frailes menores, cualquiera que fuese el lugar donde se celebrase. Dióle luego la bendicion pontificia, le hizo una exhortacion alentándole á ejecutar su designio, y le prometió un breve de aprobacion, que con efecto fue espedido el 18 de Mayo de 1526. Pero antes de esta espedicion, y aun despues, los superiores ordinarios, con los pretextos y por los motivos especiosos que no faltan nunca en semejantes ocasiones en los que tienen las riendas del gobierno monástico, persiguieron vivamente á Mateo y á sus compañeros, los cuales fueron alguna vez encarcelados como apóstatas. Fue preciso mucho tiempo y valor para que la reforma de capuchinos llegase á aquel punto de consistencia en que despues ha hecho tantos servicios á nuestros pueblos y á las gentes del campo, porcion tan considerable de la Iglesia, y tan poco atendida antes de estos humildes y laboriosos ministros.

36. La congregacion de los teatinos habia sido instituida poco antes con el designio de restablecer el clero en el estado de su primitiva perfeccion, por el modelo de la vida de los Apóstoles. Esta nueva orden de clérigos tomó el nombre del arzobispo de Theati, Juan Pedro Caraffa, que despues fue Papa con el nombre de Paulo IV, y auxilió á Cayetano de Thiene, junto con Pablo Gonsiliario y Bonifacio de Colle, para formar el plan de este instituto sublime, y reducirle á práctica. Comenzando todos cuatro á dar

el egemplo, renunciaron sus beneficios y todos sus empleos en manos del Papa Clemente, quien tuvo mucha pena en admitir sus renunciaciones, y especialmente la del arzobispo; pero fue preciso ceder á la fuerza de sus razones ó de sus instancias. Los cardenales opusieron dificultades todavía mayores sobre el mismo instituto que obligaba á todos sus miembros, no solo á permanecer sin fondos y sin rentas como los religiosos de San Francisco, sino á no pedir limosna y á subsistir únicamente de lo que la piedad de los fieles quisiera ofrecerles; pero Caraffa y San Cayetano insistieron con tanta fuerza en la necesidad de restaurar en el clero todo el heroismo del desprendimiento apostólico, en las tristes coyunturas á que el vicio contrario habia reducido la Iglesia, que descansando en una Providencia que no pone otros límites á sus dones que los de la fe, el consistorio penetrado de admiracion les concedió la aprobacion que pedian. Por la bula aprobatoria dada en 24 de Junio de 1524, la Cabeza de la Iglesia los admite á hacer los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia: á vivir en comunidad, vestidos no obstante como los demás clérigos: á gozar de los mismos privilegios que los canónigos de San Juan de Letrán: á formar constituciones y reglas para la custodia de la disciplina: á nombrarse, bajo el nombre de prepósito, un superior que durase tres años; y á recibir, en fin, todos los sugetos que se presentasen para abrazar su método de vida. Los cuatro fundadores pronunciaron sus votos el 14 de Setiembre de este mismo año; despues